



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

DE LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA AL CULTO DE ADORACIÓN

Muy buenas tardes a todos y gracias, como siempre, por vuestra acogida, por vuestro cariño y por vuestra fidelidad. Porque creo que la fidelidad en vuestro seguimiento al Señor es la que aquí explica vuestra presencia, y la fidelidad es un don del Señor, pero también el Señor nos lo quiere agradecer; yo, en su nombre, os agradezco que sigáis acogiendo ese don de la fidelidad en el seguimiento a Jesucristo. Este año, en la charla que comparto con vosotros, un poco en ese itinerario de la novena, tiene el siguiente título: “De la celebración eucarística al culto de adoración”. Por lo tanto, voy a hablar de algo muy querido para muchos, para todos nosotros, que es la adoración eucarística, intentando mostrar cómo esa adoración eucarística ha nacido de la propia eucaristía.

Comienzo por volver a hacer presente esa palabra que acabamos de celebrar litúrgicamente en este altar que tengo detrás mío: “Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros”. Esa frase nos suena a Jueves Santo; el Jueves Santo el Señor instituye la Eucaristía, y en esa última cena y en esa primera eucaristía nosotros estamos perfectamente, plenamente insertados. Ahora, fijaros una cosa: este domingo, pasado mañana, la iglesia celebra el Corpus Christi, y uno podría decir: ¿no hay una reduplicación en celebrar el Jueves Santo y luego a celebrar el Corpus Christi? ¿Qué necesidad había de instituir la fiesta del Corpus Christi cuando ya teníamos la del Jueves Santo? Obviamente, estamos hablando de un mismo misterio, no son dos misterios, pero es cierto que hay un avance, hay un paso más en el misterio que la Iglesia venera en el Corpus Christi. Ha habido un recorrido del Jueves Santo al Corpus Christi, del cual quisiera hablar. ¿Por qué recorrido? Porque el mismo Señor, cuando se disponía a marchar, cuando estaba preparando su ascensión a los cielos, él nos dice en el Evangelio de San Juan: os conviene que yo marche, porque si no marchó no vendrá a vosotros el Espíritu Santo, y cuando venga el Espíritu, él llevará a plenitud todo cuanto os he enseñado. Hay una promesa de Jesús de que el Espíritu Santo llevaría a su culminación, a su comprensión, lo que Jesús nos había entregado, pero nosotros necesitábamos la iluminación del Espíritu Santo para irnos empapando de ello, para irnos haciéndolo nuestro y descubriendo todo el misterio que estaba escondido en la palabra de Jesús.

La Iglesia tardó todos unos siglos en ese devenir de la tradición de la Iglesia, para darse cuenta de que en esa institución de la eucaristía había también una llamada a la adoración, la adoración eucarística, tal y como nosotros la comprendemos. Aunque estaba presente desde el primer momento del Jueves Santo, se fue desarrollando con el paso del tiempo como quien va comprendiendo algo que estaba ahí, pero que, con el paso del tiempo, con la luz del Espíritu Santo, cada vez es más consciente de ello, de lo que ya tenía, pero que sin embargo va habiendo una comprensión progresiva de ese misterio. Hay una triple dimensión en la eucaristía: la eucaristía es presencia de Cristo,

es también banquete, y es también sacrificio. Presencia, banquete y sacrificio son las tres dimensiones principales del misterio eucarístico. Presencia, banquete y sacrificio. Quizás la comprensión que la Iglesia ha tenido de ese misterio, nos hemos ido de la última a la primera: lo primero que descubrimos en la eucaristía fue el sacrificio, lo segundo el banquete, y la presencia en tercer lugar.

¿Dónde se visualiza el misterio de la eucaristía? En tres lugares principalmente. Hay tres lugares que visualizan el misterio de la eucaristía, que son la cruz, la mesa y el sepulcro. Intento explicarlo, la cruz, la mesa y el sepulcro como los tres lugares que visualizan el misterio de la eucaristía. En primer lugar, la cruz, porque la eucaristía hace referencia al altar. En el Antiguo Testamento, el altar para el pueblo de Israel se hacía de piedras no talladas, así se decía, tenía que ser piedras naturales que no hubiesen sido esculpidas, por escultor humano, y que encima de las cuales Israel celebrase su culto, es el culto de alabanza y de adoración de Dios. Piedra no tallada, el altar era una piedra no tallada ante la cual Israel celebraba el culto a Dios. ¿Cuál es el verdadero altar en el que se revela Jesucristo? Se revela el altar, esa piedra es la piedra del Calvario en la que se inserta la cruz de Jesucristo. Fijaros en este mismo altar que tengo detrás mío, este altar representa el Gólgota, y encima de ese altar está la cruz de Jesucristo. El verdadero altar es la cruz, desde ella ofreció Jesucristo el sacrificio al Padre. En esa dificultad, en esa incapacidad que tenía Israel en el Antiguo Testamento en cómo ofrecer a Dios un sacrificio que le fuese agradable, la respuesta se encuentra en esta cruz de Cristo, que se convierte en verdadero lugar en el que ofrecer el sacrificio eucarístico al Padre. Por eso, cuando nos unimos a la eucaristía, entendemos que nuestro verdadero altar es la cruz de cada uno de nosotros en esta vida; y por eso, cuando visitamos también a un enfermo, le decimos: esta cama es tu altar. Y cuando vemos alguna persona que está especialmente ligada a alguna cruz, esa cruz en esta vida que de una manera más oculta o manifiesta todos estamos abrazados a esa cruz, descubrimos que ese es el altar de Cristo, en el que él ofreció su vida, en el que nosotros también estamos llamados a hacer esa ofrenda, junto con Cristo al Padre. La eucaristía está visualizada en la cruz, verdadero altar desde el que Cristo ofrece su vida al Padre.

Segundo lugar, la eucaristía se visualiza también en la mesa, en torno a la cual se celebra la última cena. En la Sagrada Escritura se habla del reino de los cielos como un banquete. Sí, la eucaristía es el lugar en el que el discípulo amado, en el que cada uno de nosotros estamos llamados a descubrirnos a nosotros mismos, somos discípulos amados de Jesús, reclinó su cabeza en el costado de Cristo. A vosotros no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que lo que pasa por el corazón de su señor, os llamo amigos, porque no hay ningún secreto, todo lo que mi Padre me ha comunicado yo te lo comunico a ti. Juan, tú que has reclinado tu cabeza en mi costado, tú no eres siervo, eres amigo, no hay secretos entre tú y yo. El banquete, la mesa es el lugar de la máxima confianza. Cuando invitamos a alguien en nuestra casa a comer, estamos abriéndoles nuestra intimidad del hogar, participando de la misma mesa.

El tercer lugar en el que se escenifica el misterio de la cruz, uno es la cruz, otra es la mesa, en el que Jesús nos alimenta con su palabra y nos alimenta con su cuerpo. Pero hay un tercer lugar al que hoy quisiera yo referirme especialmente, que es el del sepulcro. En el sepulcro también se visualiza la eucaristía, porque el sepulcro es el lugar de la resurrección, el lugar del resucitado, el lugar en el que él resucita y se hace presente para la vida del mundo: yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del

mundo. Y el primer lugar en el que se visualizó esa presencia de Cristo resucitado fue el sepulcro, que se convirtió en ese sagrario viviente. Ese sepulcro, sagrario viviente, que dio a luz al Cristo resucitado para la vida del mundo, es el tabernáculo de la Iglesia. La presencia de Cristo resucitado está presente de distintas maneras entre nosotros: cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos; cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis, Jesús está presente, especialmente en los desheredados de la tierra; yo habitaré en vosotros, en ese corazón que es santuario de Dios. El hay una presencia entre todas, que es una presencia especialísima; quizás la cumbre de la presencia de Cristo resucitado, es la presencia eucarística. Por eso podemos decir que el tabernáculo es la prolongación de ese sepulcro que se ha convertido en el sagrario del Cristo resucitado.

La reserva eucarística es algo que fue creciendo en la Iglesia con el paso de los años. Cuando el Señor pronunció esa palabra: Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros, estaba haciendo una afirmación, obviamente, no sólo de su entrega sacrificial, sino también de su presencia real entre nosotros. En un primer momento, en la Iglesia no existió el tabernáculo o el sagrario, pero poco a poco, después de la eucaristía, en esa primera Iglesia, en los primeros siglos de la Iglesia, se les asigna a algunos de los cristianos el ministerio de llevar la eucaristía a los enfermos una vez que se ha concluido la eucaristía. No siempre era posible distribuir la eucaristía en el mismo momento en que había concluido su celebración, y a veces era necesario tenerla reservada hasta que llegase la hora adecuada de poderla llevar a los enfermos, y comienza a reservarse la eucaristía en algún lugar concreto, en lo alto de una columna dentro de la Iglesia, en un lugar especialmente sagrario. Curiosamente, en algunos lugares, comienza a reservarse la eucaristía en dentro de una imagen de una paloma. Nosotros hoy la palabra columbario la tenemos reservada al lugar en el que se deposita en las cenizas o los restos de los difuntos, pero la primera columba fue la columba también eucarística, una imagen de una paloma que dentro de dentro de la cual existía un receptáculo en el cual se reservaba la presencia eucarística hasta que fuese llevada a los enfermos. A veces incluso esa paloma era colgada de un techo, como un lugar también en el que daba cierta seguridad para que la eucaristía no fuese robada por nadie. Es curioso, no hay documentos que nos aclaren por qué se eligió esa forma de la paloma para reservar en ella, como los primeros tabernáculos, la presencia eucarística; no existen prácticamente, documentos que expliquen ese pequeño misterio de por qué los primeros sagrarios tuvieron esa forma de paloma. Tal vez sea porque esa imagen de la paloma, símbolo también del Espíritu Santo, es la que especialmente nos recuerda que estamos llamados a ser templos del Espíritu Santo, que Dios inhabita en nosotros. Y la eucaristía es también otra forma de la presencia de ese Cristo resucitado. Cuando comulgamos el cuerpo de Cristo, estamos alimentando también la inhabitación de Dios dentro de nosotros. Sí, comulgar es no tener meramente una presencia pasajera, porque cuando la presencia de Cristo a través de las especies del pan y del vino desaparecen en nosotros, continúa la presencia de Cristo a través de la inhabitación de las tres personas divinas en nosotros. Y así, poco a poco, la Iglesia fue tomando conciencia y dando importancia a la presencia de Cristo más allá concluida ya la celebración eucarística. El sagrario nos recuerda que el Señor ha venido a estar con nosotros, no un rato y luego ausentarse, sino que ha venido para quedarse entre nosotros. El sagrario es imagen de la encarnación, porque el Señor se hizo hombre no para estar un tiempo y luego dejar su condición humana y marchar a los cielos, no, sino que marchó a los cielos llevando nuestra humanidad y siendo hombre ya por toda la eternidad. Y así también esa presencia eucarística nos recuerda el compromiso de Jesús de estar unido con nosotros para siempre.

Así, con el paso del tiempo, llegó a surgir la fiesta del Corpus. La fiesta del Corpus es caer en cuenta que entre las distintas dimensiones que tiene la eucaristía, que se ha celebrado el Jueves Santo, hay una que estamos llamados, quizás, a profundizar en ella, que es la de la presencia real de Cristo más allá de la celebración eucarística. Y a finales del siglo XIII surgió en Lieja, en Bélgica, un movimiento eucarístico cuyo centro estuvo en la abadía de Cornillon, en el cual se dieron origen a distintas costumbres eucarísticas que nosotros poseemos y las vemos ya como asumidas dentro de la Iglesia, tales como la exposición del Santísimo, la bendición del Santísimo Sacramento y la fiesta del Corpus Christi. Eso fue, el siglo XIII, naciendo en Bélgica, y hubo también algo que contribuyó en gran medida a tomar conciencia de esa presencia real de Cristo, que fueron varios de los llamados milagros eucarísticos, especialmente el milagro eucarístico de Orvieto. El Papa Urbano IV tenía entonces la corte en Orvieto, un poco al norte de Roma, muy cerca de la localidad en la que se encuentra Bolsena, y en aquel año 1263-64 se produjo el llamado milagro de Bolsena: un sacerdote que celebraba la eucaristía tuvo dudas sobre la sobre que el hecho de que la consagración fuese algo real, y en el momento de partir la Sagrada Forma vio a salir de ella sangre, con la que se empapó el corporal. Se venera esa reliquia desde entonces en una procesión de Orvieto, que se suele realizar el 19 de junio, y hoy en día se conservan esos corporales donde se apoyó el cáliz y la patena en Orvieto, que están manchados de esa sangre. Aquel milagro eucarístico, que fue especialmente también puesto en escena por el Papa Urbano IV, hizo que la cristiandad cayese en cuenta de esa presencia real y que el aspecto sacrificial de Cristo y la presencia real son dos aspectos que están íntimamente unidos; para que Cristo se ofrezca en sacrificio, tiene que estar, se ofrece desde su presencia. Es una presencia ofrecida en sacrificio. El Santo Padre, movido por el prodigio a petición de muchos obispos, hizo que se extendiese la fiesta del Corpus Christi a toda la Iglesia por medio de una bula llamada *Transiturus*, y finalmente el Concilio de Trento declaró, de una manera piadosa, la introducción de esta gran fiesta en todo el orbe católico. Así pues, ha habido una asistencia del Espíritu Santo para que caigamos en cuenta de la importancia de dar un lugar central a la adoración eucarística.

En nuestros días también hemos dado pasos que nos han ayudado a profundizar en esa conciencia. Voy a hablar de tres, especialmente: la adoración eucarística como centro de la pastoral juvenil. Sí, como centro de una pastoral juvenil fuerte que quiere proponer a los jóvenes la adoración eucarística. Fue Benedicto XVI quien, en las Jornadas Mundiales de la Juventud en Colonia, introdujo en aquel campo, en aquella explanada impresionante de Marienfeld, introdujo la adoración eucarística en las Jornadas Mundiales de la Juventud. Y a partir de ese momento, es curioso, que en los movimientos de la pastoral juvenil de la Iglesia, se ha introducido la adoración eucarística de una manera, iba a decir yo, naturalmente sobrenatural, o con una naturalidad absoluta, que parecía que quizás la adoración eucarística, pues era algo que no era propio de la oferta de la pastoral juvenil. Y gracias a Dios puedo decir que en este momento no hay encuentro de pastoral juvenil con una propuesta fuerte que no tenga su momento de adoración eucarística. Aquel gesto que hizo Benedicto XVI fue determinante; a partir de ese momento se desencadenó, se introdujo, se comprendió que era un momento de gracia. Acordaros también como en Cuatro Vientos, cuando el Papa también nos visitó allí, aquella adoración eucarística fue otro momento de gracia, un momento fuerte, el que se escenificó aquellas palabras de San Pablo a los Filipenses: al nombre de Jesús, toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo. Fue una estampa inolvidable, la de un millón, dos millones de jóvenes de rodillas ante el Santísimo Sacramento en un silencio elocuente.

En segundo lugar, también creo que la adoración eucarística ha sido sanadora de los errores cristológicos que también entre nosotros se han difundido. Porque es verdad que también ha existido el riesgo de una teología secularizada, que ha reducido el misterio de Jesucristo, quizás a una jesulogía, a una presentación de la imagen de Jesús que tiene el riesgo de la herejía arriana, que niega o silencia la divinidad de Jesucristo, una cristología reducida a una jesusología olvidando esa cristología descendente, esta encarnación del Verbo, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. La sombra del arrianismo, de esa presentación de Jesús olvidando que es engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, es un riesgo entre nosotros, es un riesgo creer en Jesús, pero sin confesar su divinidad, meramente describiéndolo como un hombre excepcional. Si ese riesgo existe, incluso fijaros como los propios Evangelios, cuando Jesús va a ascender a los cielos, se dice como algunos le adoraron y otros dudaron. En esa adoración a Jesús en el momento de su ascensión a los cielos encuentra alguna cierta resistencia porque la adoración únicamente se le daba al verdadero Dios. Pues bien, yo creo que la adoración a Jesucristo, la adoración eucarística, es sanadora de esa de esa cristología insuficientemente comprendida, de esa cristología que no ha llegado a confesar al Cristo, al Verbo encarnado. Von Balthasar es uno de los teólogos del postconcilio que mayor servicio ha hecho a la Iglesia, nos alertó sobre el riesgo de una teología secularizada y habló de la importancia de una teología arrodillada. Si la teología no se arrodilla ante el misterio de Jesucristo, no será capaz de comprender a Jesucristo. Existe el riesgo de una de un acercarse a Dios desde una teología que calienta la cabeza y enfría el corazón, y esa no es una verdadera teología. La verdadera teología no es la racionalista, sino es una teología arrodillada. La adoración eucarística es sanadora de una comprensión insuficiente del misterio de Jesucristo.

En tercer lugar, sin duda alguna, hemos ido creciendo en la conciencia de la presencia real de Cristo. No sólo en la pastoral juvenil, no sólo en ese hacer presente la adoración integrándola en la teología, sino también en el movimiento de la adoración perpetua, que tanto se ha extendido en la Iglesia Católica en los últimos años, que posiblemente ha sido uno de los frutos principales del pontificado de nuestro Papa emérito. Él le tocó pues llevar adelante su pontificado en un momento de profunda crisis dentro de la Iglesia, profunda crisis, también especialmente presente en EE. UU., en Irlanda, en otros lugares de la Iglesia, y la palabra del Papa fue inequívoca: la Iglesia saldrá de esta crisis adorando. Si adoramos, y en esa adoración nos purificamos, saldremos fortalecidos de esta crisis. Llega el Papa Francisco y en su exhortación *Evangelii Gaudium*, que es emblemática en el comienzo de su pontificado, en el número 262, nos habla también de la adoración perpetua, y nos habla de la de la alegría que él siente por ese movimiento de la adoración perpetua. Y de la importancia de no contraponerlos, sino de integrarlos en poner a la caridad en el centro de la vida de la Iglesia, porque decir que en el centro de la Iglesia está la adoración eucarística y que en el centro de la Iglesia está la caridad hacia los pobres no son dos afirmaciones contradictorias, sino una misma. ¿Acaso el día del Corpus también no nos acordamos especialmente de los más necesitados? Adoración y caridad son una misma cosa. Por lo tanto, como veis, la comprensión que vamos teniendo de las consecuencias de esa afirmación de Jesús: esto es mi cuerpo, y por lo tanto Jesús está presente a la eucaristía, vamos con el paso del tiempo, percatándonos de ello y sacando más y más y más consecuencias. Esas capillas de la adoración perpetua, abiertas 24 horas al día, 365 días al año ante los ojos del mundo, son una de las cumbres de esa conciencia eucarística de la Iglesia.

Para profundizar un poco en qué es esa adoración, vuelvo a esa Jornada Mundial de la Juventud de Colonia a la que me he referido antes, y el Papa allí, ante todos aquellos jóvenes, en esa primera adoración eucarística que se hizo en la pastoral juvenil de la Iglesia de esa manera masiva, hizo una catequesis inolvidable en la que explicó -con su acostumbrada profundidad teológica-, a los jóvenes que hay dos términos que nos ayudan a entender qué supone la adoración o con qué espíritu tenemos que acercarnos a la adoración. Uno es el término griego con el que se expresa la adoración y otro es el término latino. El término griego con el que se expresa la palabra adoración es el de *proskynesis*. El término *proskynesis* en griego significa un gesto de sumisión, del reconocimiento de Dios como una verdad que nos supera infinitamente. *Proskynesis* supone adorar a Dios reconociendo su infinita majestad y subrayando que nuestra libertad, nosotros, pobres criaturas, nuestra libertad no es una libertad autónoma, sino que es una libertad que está orientada hacia la verdad y hacia el bien que es Dios. Nuestra libertad no es absoluta, sino que es una libertad obediente a esa majestad de Dios. Por el contrario, si el término griego subraya la adoración como un reconocimiento de la majestad y de la grandeza de Dios, el término latino de la palabra es adoración. Y *adoracio*, es una palabra latina que subraya algo complementario de la anterior: no ya la trascendencia, la grandeza infinita de Dios, sino *adoracio*, que significa literalmente contacto boca a boca, beso, es el abrazo de Dios que se acerca a nosotros, es el Dios cercano. En griego adoración subraya la trascendencia infinita de Dios ante la cual nos postramos; si lo decimos en latín, *adoracio*, está subrayando el aspecto de la cercanía de Dios que viene a nosotros, nos abraza y nos besa. Las dos cosas son verdad. En la Sagrada Escritura encontraremos textos bíblicos que subrayan la trascendencia infinita de Dios y otros textos que subrayan su cercanía, su inmanencia a nosotros, y ambas cosas están ocurriendo en la adoración eucarística. Estamos llamados a arrodillarnos ante ella reconociendo la majestad de Dios y a percibir en ella un Dios que no puede ser más cercano. Es un gran error, en esta trascendencia e inmanencia, no afirmar las dos al mismo tiempo; los dos misterios deben de ser afirmados al mismo tiempo. A veces hemos pretendido, por subrayar el aspecto de la cercanía de Dios, olvidarnos de su trascendencia. Incluso a veces voy a decir que algunos libros litúrgicos que a veces uno pues un obispo cuando va por los por las iglesias observa que en algunos libros litúrgicos, allí donde dice: Dios todopoderoso, Dios infinito, observa cómo alguien con un lapicero ha borrado esa palabra, todopoderoso, infinito, y ha puesto una palabra que dice: Dios cercano, Dios amoroso. Y ha cometido un error, porque precisamente para que sea conmovedor que este Dios sea tan cercano a nosotros, se haya hecho tan pequeño como este niño Jesús en Belén, precisamente para que ese misterio sea tan conmovedor, hay que comenzar recordando que ese que se ha acercado tanto es el Dios infinito, el Dios todopoderoso. Para que la cercanía de Dios sea conmovedora hay que comenzar recordando su trascendencia.

Permitirme dar un paso más. Entendamos que la adoración no sólo es asistir como espectador a ese misterio de la trascendencia y de la inmanencia de Dios, no es asistir solo como espectador. La adoración es también un gran combate, implica una purificación plena dentro de nosotros. Acordaros de que hoy mismo hemos escuchado en el Evangelio de hoy ese gesto de la purificación de Jesús del Templo, que expulsó a los mercaderes; ese gesto de la purificación de Jesús del Templo es un gesto que podíamos perfectamente aplicar a la necesidad que tenemos de expulsar, de dejar el camino bien liberado de todo aquello que nos impide poner a Dios en el centro de nuestra vida, quitar obstáculos para que el Señor sea el centro. Es la imagen de la purificación que se requiere en dentro de cada uno de nosotros para que seamos adoradores en espíritu y en verdad, no solo el cuerpo presente, porque claro, uno puede

ir a una capilla de la adoración perpetua y ser adorador del cuerpo presente, no. En espíritu y en verdad, lo cual supone un gran combate interior dentro de nosotros para que esa adoración sea verdadera.

Hay otro texto clave, al cual se suele al cual se refiere la Iglesia en el Catecismo de la Iglesia Católica cuando habla de la oración: me refiero al episodio de Jacob luchando con Dios, que está en el capítulo 32 del Génesis, versículos 22 al 33, y que tiene un carácter paradigmático; la Iglesia se refiere a este texto de Jacob, que pasa una noche luchando con Dios sin darse cuenta de con quién está luchando —lo ve como un texto paradigmático de lo que es la oración—. La oración requiere confianza, cercanía, casi un cuerpo a cuerpo con Dios, para llegar a entender que él no es un enemigo, no es un adversario, como en un primer momento podía pensar Jacob, que estaba luchando en la oscuridad con alguien -con quien estoy luchando-, sino con un Señor que bendice y que permanece siempre misterioso, inalcanzable. Por eso el autor sagrado utiliza el símbolo de la lucha, que implica fuerza de ánimo, perseverancia, tenacidad para alcanzar lo que se desea. Y si el objeto del deseo es la relación con Dios, su bendición y su amor, ¿por qué, entonces, Jacob le dice: no te dejo, no te suelto, para que me bendigas? Entonces, la lucha no puede menos de culminar en la entrega de sí mismo a Dios, en el reconocimiento de la propia debilidad, que vence precisamente cuando se pone en las manos del Dios misericordioso. Pues bien, en la oración, y especialmente en la oración de adoración, se libra una gran batalla contra el propio yo. Menuda batalla, si tiene que proceder, hay un auténtico giro copernicano, cambiar de cosmovisión en la vida y dejar de tener una cosmovisión egocéntrica para pasar a tener una visión cristocéntrica. Eso supone una gran batalla dentro de nosotros. Se habla mucho de que ese giro copernicano, fíjate qué diferencia pensar que todo el universo gira en torno a la Tierra o darse cuenta de que la Tierra gira en torno al sol; eso no es nada, comparando con el auténtico cambio de cosmovisión de ser egocéntrico a cristocéntrico, de centrarnos en torno a Jesucristo. La primera batalla está muy ligada, también, a la constancia. La adoración requiere constancia. Y quienes sólo hacen oración cuando tienen ganas de hacerlo, quiere decir que se resignan cada vez a tener menos ganas de hacer oración. Si supeditamos nuestro compromiso de hacer oración a nuestras ganas, a nuestro deseo, estamos perdidos. Hay una gran batalla, la primera es la batalla de la perseverancia. Acordaros de que Santa Teresa de Jesús dice con una belleza increíble: con frecuencia me ocurría, que me ocupaba en esperar que transcurriese rápido el tiempo de la oración, deseando que pasase rápida la hora, hasta el punto que escuchaba cómo sonaban las horas de reloj. Muchas veces hubiese abrazado cualquier penitencia con tal de no recoger a hacer oración. Santa Teresa nos cuenta esto en el libro de la Vida, el capítulo octavo. Su primera batalla para poder llegar a la adoración a Dios fue la de la perseverancia.

Pero superada la tentación contra la perseverancia, frente a la que tenemos que estar muy atentos, llega una segunda batalla, que se libra en la oración de la adoración, que es la purificación de nuestros miedos, incertidumbres, afectos, formas de pensar, de juzgar la existencia; todo eso tiene que ser purificado en la medida en que nos pongamos en presencia de Cristo en la eucaristía; su presencia es purificadora. En Francia, un conocido autor espiritual, dice que la verdadera oración tiene más que ver con la espeleología que con el alpinismo; trepar hasta arriba por la escalera de la oración es ante todo descender al abismo de la humildad. Si te hace experimentar la miseria de tu impotencia para orar, te dará al mismo tiempo la fuerza para soportarlo y te indicará el medio de clamar a él. Cuando más toques el fondo de tu pobreza, más te elevarás a Dios en la súplica. Cuanto mayor es la fuerza con que una pelota es lanzada

al suelo, más rebota hacia arriba. O sea que, también digamos, en la oración tiene que darse esa purificación interior, para luego poder bendecir a Dios.

Lo que tiene lugar en el alma de cada adorador es muy similar a lo que describe San Juan de la Cruz en el libro segundo de la Noche oscura del alma, donde pone el ejemplo de aquel tronco arrojado al fuego, y dice así: una vez en medio de las llamas, ese tronco, un tronco húmedo que es lanzado, que es puesto en el fuego bajo, una vez en medio de las llamas, comienza un lento proceso hasta conseguir que toda la humedad salga fuera, y para ello las llamas hacen llorar el tronco expulsando el agua que tiene dentro. El tronco se afea en un primer momento, con mal olor y totalmente ennegrecido, y de esta forma va sacando fuera todo lo que lleva en su interior contrario al fuego. Finalmente, purificado de sus pasiones, se convierte en hermosa brasa, que se confunde con el fuego y da calor de vida a toda la habitación. Pues sí, eso tiene que acontecer en nosotros si somos adoradores, esa purificación interior que es dolorosa, y que duele y que nos permite ser fuego vivo.

En resumen, la adoración es purificación, es santificación y es glorificación de Dios. Mi última palabra es para invitaros a todos vosotros para que caminemos hacia una espiritualidad de la adoración como estilo de vida cristiana. Una espiritualidad de la adoración que ha nacido de la eucaristía, que vayamos sintiendo necesidad de tener esa intimidad con Jesucristo. Recuerdo de mi juventud, que en alguna en las primeras experiencias que estuve participando en San Sebastián, con algún grupo de jóvenes con los que solíamos juntarnos para preparar la eucaristía del domingo, recuerdo el comentario de un compañero, que en una ocasión dijo lo siguiente -no se me ha olvidado con el paso de los años, tendríamos 15 o 16 años-: no entiendo cómo el momento de comulgar está tan cercano al “podéis ir en paz”; casi me parece que es comulgar y marcharse, es que me quedo como insatisfecho, parece como que la comunión tenía que estar más en el medio para que uno tuviese más tiempo posteriormente a haber hecho suyo esa presencia eucarística. Aquel comentario de aquel compañero suscitó un diálogo, que dio para mucho, y uno decía: pero eso significa, el hecho de que esté en el último momento, en que tú tienes que ser Cristo vivo para la vida del mundo y tú tienes que convertirte y llevar tu presencia de Cristo ante los demás. Es una explicación posible. También otra explicación posible es la decir: ahora que tienes a Cristo contigo debes de cuidar especialmente la oración de la postcomunión, sintiendo como esa necesidad, sintiendo como esa llamada de Jesús a llevarte a un lugar solitario para estar con él, porque ese encuentro litúrgico parece que ahora requiere un encuentro de intimidad, también, obviamente, esa otra lectura. Todas ellas eran lecturas complementarias, pero creo que cada uno de nosotros está llamado a descubrir la actitud de adoración como estilo de vida.

Quizás hay que decir que de la eucaristía estamos llamados a descubrir las presencias de Cristo resucitado en el mundo y a ser adoradores en espíritu y en verdad, poniéndonos —ciñéndonos la toalla como Jesús hizo— a la cintura, y arrodillándose y haciendo el gesto del lavatorio de los pies, que está realizado también en ese contexto de la última cena, para el prójimo y de una forma especial los pobres, para que ocupen el lugar central que deben de ocupar en nuestra vida, que es indispensable para que nuestro yo egocéntrico sea destronado. Para que mi yo sea destronado, necesitamos que Cristo esté en el centro de nuestra vida y los pobres también, y las necesidades y los retos del mundo ocupen el lugar que deben de ocupar.

Recuerdo haber puesto en Radio María -lo habéis escuchado los oyentes de Radio María más de una vez, este ejemplo que creo que es gráfico-: imagínate que tenemos una chaqueta caída en el suelo aquí delante de nosotros, uno no sabe muy bien por dónde cogerla. Si coge la chaqueta por una manga y la levanta, uno no sabe ni muy bien ni qué es aquello; si coge la chaqueta por un bolsillo y lo levanta, tampoco termina de entenderlo; si se coge una chaqueta por los hombros y la levanta, todo va a su ser, las mangas caen donde deben de caer, los bolsillos están correctamente orientados. Algo así ocurre cuando ponemos a Cristo y su presencia, a la presencia de Cristo, en el centro de nuestra vida; cuando la adoración eucarística se presenta como centro, todo el resto de nuestra vida alcanza su orden, alcanza su sitio, su momento y su lugar, hay tiempo para todo. Cuando Dios está en el centro de nuestra vida, hay tiempo para todo y lugar para todo. Cuando Jesucristo no está en el centro de nuestra vida, no encontramos tiempo para nada, ni para Él ni para las demás cosas. La presencia de Cristo multiplica nuestra capacidad de hacernos presentes en el mundo. La Sagrada Escritura no solo nos invita a hacer adoración, oración de adoración, sino a ser adoradores en espíritu y en verdad, viviendo nuestra existencia como una ocasión providencial de testimoniar la gloria de Dios.

En la bula del Jubileo del año 2000, que San Juan Pablo II nos ofreció, decía lo siguiente: decía la Iglesia es la cuna en la que María coloca a Jesús y lo entrega a la adoración y contemplación de todos los pueblos. María es la cuna, o si queréis la custodia, desde la que Cristo es expuesto para la adoración del mundo. Bien, cada uno de nosotros también está llamado a recibir esta vocación mariana de ser custodia, de ser la cuna en la que Cristo es depositado para que nosotros le presentemos ante el mundo para la adoración. De la mano de María aprendemos a adorar, y de la mano de María aprendemos a ser apóstoles de la adoración para presentar a Cristo para la adoración del mundo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.